

Sin rumbo: perdidos en el desierto del mercado



Fermín A. Rodríguez

CONICET / ferminr@filo.uba.ar

Resumen

¿Qué tipo de sujetos produce una sociedad cuando está librada exclusivamente a las fuerzas del mercado, cuando lo político se subordina a la actividad económica? ¿Seres privatizados, indiferentes, aislados y solitarios como Andrés, el protagonista de *Sin rumbo*, la novela de Eugenio Cambaceres? En un mundo donde la relación entre los individuos es la competencia, *Sin rumbo* no deja de confundir una supuesta naturaleza común al hombre y al animal con lo que una sociedad, bajo las condiciones económicas concretas del capitalismo salvaje, hace de sujetos como Andrés: seres privatizados, vulnerables e inestables que compiten entre sí en un espacio económico que para la cultura sigue siendo un desierto donde solo sobreviven los más aptos.

Palabras clave

economía de mercado
liberalismo
novela naturalista
animalidad
vida desnuda

Abstract

What kind of subjects produced a society when left exclusively to market forces, and when politics is subordinated to economic activity? Aren't they privatized, indifferent, isolated creatures, such as Andrés, the protagonist of Eugenio Cambaceres novel's *Sin rumbo*? In a social world where the relationship between individuals is competition, *Sin rumbo* confuses an alleged common nature to man and beast with what a society under the specific economic conditions of savage capitalism, makes of people like Andrés –privatized, vulnerable, unstable creatures competing in an economic space which from a cultural perspective remains a desert where only the fittest survive.

Key words

market economy
liberalism
naturalistic novel
animality
naked life

Formado en el cruce de discursos científicos, políticos y económicos, el mito de un desierto que durante tanto tiempo alimentó la imaginación espacial de una nación por venir sirvió para la figuración de un vacío, de una carencia organizada colectivamente por un grupo que la constitución del Estado vendría a reparar. El desierto fue estetizado y puesto a punto por las prácticas de vacío de una economía de mercado que vive de realizar sus excedentes y que, con eje en las grandes ciudades, propagó la escasez y la carencia por una llanura no estatizada hasta 1880, con la “solución final” de Julio A. Roca. La expedición de Roca recorrió el velo del desierto, reordenando el campo de lo visible, para hacer ver un espacio fértil apto para la colonización y el cultivo. “Abundan pastos de varias clases; el agua dulce y clara se encuentra en

grandes lagunas, al pie de los médanos de arena, y a donde no se la ve en la superficie, se oculta tan de cerca, que basta levantar algunas paladas de arena para que surja en abundancia del seno de la tierra”, aseguraba Roca en su mensaje al Congreso de la Nación del 14 de agosto de 1878 (Zeballos, 1958: 418). “El actual Ministro de Guerra ha recorrido personalmente este lugar y puede asegurarles que son inmejorables para la ganadería y para la colonización”: garante empírico del testimonio de sus técnicos, Roca emprende la ardua tarea de rectificar una representación errónea de la pampa. Despojada de sus valores infernales, la naturaleza, que la ciencia militar acaba de ceder a una clase que necesita expandirse por medio de la apropiación privada del territorio, se vuelve una pieza clave para la constitución de una esfera de imágenes identificatorias de lo argentino.

La expedición de Roca –razzia policial más que campaña militar– inaugura un período de expansión económica que descansó fundamentalmente en la incorporación de 15000 leguas de tierras localizadas en la línea sur de frontera a un sistema productivo basado en la gran propiedad territorial ganadera. Reticente a la intervención directa en el proceso productivo, el Estado liberal de los 80 puso la llanura a disposición de la explotación agropecuaria, allanando el terreno de obstáculos para que el libre juego de las fuerzas económicas produjera el ansiado salto modernizador de fin de siglo que haría ingresar al país al orden económico mundial como exportador de materias primas.¹ La mano dura del Estado liberal, que consolida territorialmente la nación, se estrecha con la mano invisible del mercado para especializar a la Argentina como productor agropecuario. Acoplada al orden mundial como proveedora de materias primas, comenzaba el armado de la pampa agrícola, un territorio rural diseñado por una oligarquía ganadera y abierto a la hegemonía financiera extranjera. Extranjera sería la mano de obra; extranjeros serían los ferrocarriles, los medios de comercialización de los productos agrícolas, el crédito y el régimen bancario. Pero el campo sería argentino.

1. Acerca de la relación entre Estado y mercado en la década del 80, *cfr.* Gallo y Cortés Conde (1995).

2. Acerca del proceso de colonización en el marco de una modernización económica, política y cultural, *cfr.* Gallo (2004). Para una comparación entre la colonización agrícola del centro del país y el fracaso de la pequeña y mediana empresa agrícola en el sur de la provincia de Buenos Aires, *cfr.* Gaignard (1989).

3. Acerca del proceso de territorialización que sigue a la anexión de los territorios fronterizos, la referencia principal es Cárcano (1917). *Cfr.* también Gaignard (1989).

El Estado busca atraer al inmigrante, pero ya no tiene más tierras para ofrecer.² Ferrocarriles, alambrados, chacras, pueblos, nuevos espacios para invertir y civilizar, créditos hipotecarios a largo plazo, promesas de movilidad social, eran las imágenes con las que los gobiernos provinciales y las empresas privadas de colonización intentaban atraer a trabajadores rurales europeos con alguna experiencia en el oficio, sin contar con el brillo irresistible que los rastacueros argentinos irradiaban por los sociedad y por la novela europea –los nuevos ricos desocupados que cada invierno iban a derrochar en París los dividendos producidos por el alquiler de la tierra y la venta de cereales y ganados. Por eso los más fáciles de reclutar eran los “soñadores”, como los llamaba Daireaux –una población de aventureros económicamente flotante que, interpelados por las promesas de enriquecimiento, “creen descubrir, en sí mismos, agricultores ignorados y colonizadores latentes” (Botana y Gallo, 1997: 257)–. Atraídos por el potencial de expansión económica, los soñadores no habrán contado, ni aún en sus peores pesadillas, que en la Argentina de los años ochenta ya no había tierras para repartir. Porque por el año 1882 el espacio explotable ya estaba fuera del alcance del inmigrante, bajo el control de un reducido grupo de terratenientes y comerciantes de Buenos Aires que junto a inversores y cazadores de tierra extranjeros se repartieron en menos de tres años el desierto. No fue en el campo de batalla, sino en la Oficina de Tierras y en las escribanías de Buenos Aires donde se consolidó, sigilosamente, el triunfo de una clase, frente a la pasividad de un Estado que solo debía limpiar el terreno de obstáculos para el libre juego de las fuerzas económicas.³

Ya en 1862, por fuerza de la ley –la ley que instituye la primera división del espacio; la ley en la que se basan todas las divisiones posteriores–, el Estado federal había tomado posesión jurídica del desierto, declarando nacionales los territorios fuera de

los límites de las provincias fronterizas (La Pampa al norte del río Negro, más la Patagonia y el Chaco). Ejecutada la conquista, la ley de la “Conquista del Desierto”, el Estado debía pagar con esa reserva territorial su deuda con los suscriptores del empréstito que había cubierto los gastos de la campaña, más los sueldos atrasados de los soldados y oficiales del ejército (Ley de Premios, de septiembre de 1885), que a su vez revendieron los títulos a comerciantes y pulperos ambulantes con los que se habían endeudado.⁴

Una vez completada la mensura de la tierra y delimitados los lotes que cuadrículan el suelo pampeano, la tierra se divide en secciones de un millón de hectáreas, divididas en cuatro fracciones de 250.000 ha cada una, divididas en 25 lotes de 10.000 ha cada una (cuatro leguas cuadradas), unidad de medida del nuevo campo argentino que prolonga las grandes propiedades ganaderas en los nuevos territorios.⁵ La superficie de la provincia de Buenos Aires se había duplicado, pero la tierra se redistribuye en grandes lotes entre los conocidos de siempre, terratenientes ya establecidos o grupos transnacionales de inversión que acaparan la tierra con vistas a la especulación.

La reserva territorial se había agotado. En menos de una década, una política de tierras irreflexiva al servicio de la industria pastoril y de negocios inmobiliarios, sumada a la inoperancia de la colonización oficial, multiplicó el valor de los lotes por cien, impidiendo el acceso de los pequeños propietarios a la tierra. Sucesivas leyes apuntan a quebrar el modelo de la gran propiedad ganadera, intentando favorecer la radicación de agricultores en colonias. En 1887 se promulga de ley de centros agrícolas, que permitía el acceso a créditos oficiales para deslindar y subdividir una porción de tierra y abrirla a la colonización. Pero la ley era letra muerta, cuya fuerza de aplicación se iba diluyendo en redes burocráticas de corrupción, tráfico de influencias, fraudes, incumplimiento de los contratos y falseo de la información que la volvían impracticable. Lo que comenzaba en Buenos Aires sobre magníficos planos, comenta desilusionado un viajero extranjero, terminaba en un terreno baldío con unas cuantas estacas clavadas por aquí y por allá, “colocadas allí cuando la tierra fue deslindada, pero aparte de esto no se veían rastros de esfuerzo alguno para poner en práctica las condiciones sobre cuya base se había adelantado el dinero” (citado por Scobie, 1968: 153). Donde antes se abría paso lo sublime, ahora es tan solo un espacio económico donde se especula con leguas y títulos de propiedad.

Ya no quedaban más fronteras que defender, y el gaucho, desocupado y sin vivienda, comienza a perder su identidad económica y cultural frente a las oleadas de inmigrantes que rompían con cada vez más fuerza sobre un espacio virgen aunque inaccesible para el pequeño propietario. Según series discursivas que vienen de muy lejos, el lazo de uno embrutecía, mientras que el arado del otro civilizaba el suelo y, según comienza a decirse, democratizaba las costumbres. Con una entonación donde ya no quedan rastros del saber tradicional del gaucho, José Hernández pide desde su *Instrucción del estanciero* (1881) que se legisle preventivamente sobre una población desmovilizada del servicio de fronteras que el desarrollo de la industria agrícola-ganadera no era capaz de absorber. El Estado tiene que velar por la racionalidad económica de un proceso creando, además de las colonias para inmigrantes europeos, colonias para nativos.⁶

Al mismo tiempo que el valor de la tierra se multiplica espontáneamente como antes lo hacían los ganados y pronto lo harán los cereales, el sentido de la tierra se expande a lo largo de líneas de nacionalismo cultural que comienzan a trazar, sobre la llanura, los contornos de un sujeto nacional cada vez más nítido que durante el Centenario se volverá reconocible. Se trata de una suerte de inflación interpretativa que vuelve al desierto en busca de un pasado rural puro donde yace lo argentino como tal, no tocado por la modernización. Así, eliminado físicamente, parcelado y

4. En cinco años, “Argentina distribuyó seis millones de hectáreas, de las cuales 2.400.000 pertenecían al Territorio de la Pampa” (Gaignard, 1989: 245).

5. El sistema de delimitación elegido por la ley Avellaneda era erróneo. Olvidando que la tierra era redonda, los cuadrados de los mapas, al ser llevados al terreno, se transformaban en trapecios isósceles. Fue un papelón geográfico, documentado exhaustivamente por Gaignard (1989: 234-244).

6. Hernández está familiarizado con el proyecto: su hermano, agrimensor, fundó en 1878 en el partido de Bolívar, con nativos del país, el pueblo de San Carlos, modelo de una módica reforma destinada a hacerle espacio al gaucho en el interior de un nuevo mapa territorial y productivo. En “Colonias formadas con los hijos del país”, Hernández trata de convencer de que “cuatro o seis colonias de hijos del país harían más beneficios, producirían mejores resultados que el mejor régimen policial y que las más severas disposiciones sobre lo que se ha dado en clasificar de vagancias” (Hernández, 2008: 405).

7. Las prácticas de espacialización del siglo diecinueve, que suponen procesos simultáneos de desterritorialización capitalista y territorialización en términos de nación, son el objeto de estudio de mi libro *Un desierto para la nación*.

La escritura del vacío (Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010).

8. Acerca de la percepción de los cambios económicos y sus marcas en la vida cultural, bajo la forma de representaciones y sentidos, cfr. Salvatore (2001).

repartido entre terratenientes nacionales y capitales extranjeros, el desierto y el gaucho que lo había conquistado pasan a nombrar en las décadas siguientes la esencia espiritual de la nación. El suelo argentino es la sepultura del gaucho –describe Leopoldo Lugones hacia 1913 en *El payador*–. Resto precapitalista que había que eliminar como condición de la modernización económica, el gaucho, hasta ayer enemigo del Estado liberal, retornará en la imaginación pública separado de su alguna vez indómito cuerpo viviente, convertido en esencia de lo nacional (en cuanto a los indios, ni siquiera merecieron sepultura). Elegías como la de Lugones al gaucho fueron necesarias porque la conquista económica de la llanura no rompió el desierto.⁷ Después de haber fracturado el paisaje económico y social, el mercado, por su cuenta, era incapaz de crear esas totalidades imaginadas que son las comunidades nacionales –espacios de identificación que dotan a los individuos de un sentido de pertenencia–. Una novela de Eugenio Cambaceres, *Sin rumbo*, publicada en 1885, poco después de la campaña de Roca, explora lo que ocurre cuando una sociedad con mercados se transforma en una sociedad de mercado, librada a las fuerzas del librecambio.⁸

Estancias

El mismo año en que el Estado federal incorpora al espacio nacional los territorios que por siglos habían estado bajo la dominación de las tribus nómades, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Tejedor, firma la Ley de Cerca de Estancias, que obliga a los propietarios a alambrar los campos. Privatizada la tierra, el paisaje se vuelve inaccesible. Ya no era posible andar sin rumbo ni cortar campos atravesados por vías de ferrocarril, sembrados de cereales o cubiertos de rebaños que engordaban en potreros cercados por los 1805 millones de kilómetros de alambrado que entre 1876 y 1907 se importaron a la Argentina, con los que podrían rodearse ciento cuarenta veces el perímetro del país (Sbarra, 1955: 94).

Pero la apropiación económica de la llanura seguía trabajando a favor del vacío. Construida desde la Europa de la revolución industrial, que necesita pan y carne para reproducir su fuerza de trabajo, la red ferroviaria era un aparato vampírico de extracción de materias de las zonas rurales que, orientada hacia el puerto de Buenos Aires, dejaba sin conectar las chacras, estancias y pueblos de la campaña. James R. Scobie (1968: 81) reconstruyó este proceso. La transitoriedad del arriendo y al carácter temporario del trabajo “golondrina” de multitudes de inmigrantes españoles o italianos que cruzaban el Atlántico en primavera para trabajar en la cosecha, el aislamiento de los habitantes, la soledad de una pampa sin colonos, sin lazos sociales duraderos, no rompieron el desierto. En el reverso de la propaganda oficial, que buscaba atraer trabajadores rurales europeos por medio de imágenes de nuevos espacios para civilizar y promesas de movilidad social, un viajero, Charles E. Akers, refiriéndose a una población rural, invita a quien no sepa qué significa sentir tendencia al suicidio a pasar “una semana en un pueblo de campaña de la Argentina” para averiguarlo (citado por Scobie, 1968: 84).

Generadora de sujetos productivos disciplinados como mano de obra, la economía por sí sola no bastaba para producir una identidad común que aglutinara la multitud de inmigrantes extranjeros (Terán, 1999: 281). El mercado es incapaz de crear esas totalidades abstractas que son las comunidades nacionales –totalidades imaginadas que flotan afuera del tiempo, por encima de la experiencia individual, dotando a los individuos de un sentido de pertenencia y de continuidad temporal allí donde la ola modernizadora había fracturado el paisaje económico y social–. Una sociedad políticamente apática, dedicada exclusivamente a la conquista del éxito económico, se concentra en la tarea de enriquecerse.⁹

9. Sarmiento atribuye al afán de enriquecerse de la inmigración la pasividad política que se extiende por toda la sociedad: “Roca hace y hará lo que quiera, para eso tiene una República sin ciudadanos, sin opinión pública, educados por la tiranía, y corrompida en los últimos tiempos por la gran masa de inmigración sin patria allá, ni acá, sin idea de gobierno ni otros propósitos que buscar dinero por todos los caminos, con preferencia los peores en el sentido de la honradez. ¡Qué chasco nos hemos llevado con la inmigración extranjera!” (citado por Gallo y Cortés Conde, 1995: 71-72).

¿Y qué tipo de sujetos produce una sociedad cuando está librada exclusivamente a las fuerzas del mercado, cuando lo político se subordina a la actividad económica? ¿Seres privatizados, indiferentes, aislados y solitarios como Andrés, el protagonista de *Sin rumbo*? Andrés es el heredero de una estancia dedicada a la cría de ganado vacuno y ovino. Insensible, vive sepultado entre las cuatro paredes de su mansión de estancia, un palacio Luis XIII severo y puro que, desde “la cumbre de un médano en forma de caballo corcovado”, domina la extensión de un campo domesticado, civilizado y rentable, que se entrega mansamente a la mirada ociosa del propietario (17).¹⁰ Pero sentado en su cuarto o tendido en su cama, mirando a través del balcón abierto, Andrés deja vagar su mirada “perdida en el espacio” –un espacio monótono, exclusivamente económico, que le pertenece naturalmente y al que Andrés, desde los interiores de su *chateau*, hartado del mismo cuadro contemplado mil veces, no le devuelve ninguna mirada ni le dedica ningún juicio asociado al interés o a la grandeza del país–.

10. Acá y en el resto de las citas los números de página corresponden a la edición de *Sin rumbo* mencionada en la Bibliografía.

No estamos ante el antiguo patrón, rústico y austero, dedicado a una acumulación primitiva, ni ante el moderno hombre de negocios que mira el paisaje contando hectáreas. Andrés es una suerte de estanciero aristócrata, cínico, provocativo, insolente, distanciado de la moral de acumulación burguesa de su clase, que vive dividido entre la vida sofisticada y frívola de las ciudades –el lugar donde se gasta la riqueza ganadera– y la rutina embrutecedora de la estancia en plena pampa, adonde vuelve cada verano a purificarse del “ambiente corrompido de la ciudad, del contacto infectivo de los otros, lejos del putrúlagos social” (118). Ya derrochó los años de juventud despilfarrando la fortuna paterna y, a los treinta años, presa del tedio y del *spleen*, la enfermedad europea del fin de siglo aclimatada a la estancia, vive perdido en el desierto del mercado, donde la posesión y el consumo de bienes no produce más que satisfacciones efímeras que lo dejan hundido en la saciedad, la frustración y el desencanto.

El naturalista de fin de siglo

Pero mientras las grandes extensiones de tierra lo dejan indiferente, cualquier pequeñez, “cualquier ínfimo detalle de la vida animal en sus manifestaciones infinitas” (34), atraía irresistiblemente la atención mórbida de Andrés, un naturalista en la tradición de Zola, atento a la universal lucha por la vida que insectos, sapos, pájaros, perros y gatos libran sin cesar en su quinta y que le dan la ocasión de pensar, por analogía, en “la bestia que está en todo hombre” (29). Es que en un mundo donde la relación entre los individuos es la competencia, *Sin rumbo* no deja de confundir una supuesta naturaleza común al hombre y al animal con lo que una sociedad, bajo las condiciones económicas concretas del capitalismo salvaje, hace de sujetos como Andrés –seres privatizados, vulnerables e inestables que compiten entre sí por bienes codiciados por todos; criaturas educadas en el tener y el consumir individualmente, reducidas a la impotencia individual y al desencanto en un espacio económico que para la cultura sigue siendo un desierto donde solo sobreviven los más aptos–. La narración hunde a Andrés en el agujero del desencanto, la depresión, la falta de sentido, el empobrecimiento de la experiencia, incapaz de comprender las razones de lo que le ocurre. Y en lugar de situar los males sociales en algo inherente al sistema económico, que condena a las personas a vivir en condiciones inciertas, como quien dice, “sin rumbo”, Andrés se limita a cuestionar la naturaleza humana –el animal presocial en que ha sido convertido por una sociedad abandonada a las fuerzas irrestrictas del mercado, verdadera fuente de la incertidumbre existencial que lo aqueja–.¹¹

11. Para Deleuze, “el ‘naturalismo’ de Zola es histórico y social”, en tanto los instintos expresan un género de vida sin el cual el cuerpo no soportaría su existencia en un medio histórico y social desfavorable (Deleuze, 1994: 320).

La política es el campo desde donde tradicionalmente se le pone límite al reino del interés individual. ¿Podría construirse desde el Estado un sujeto político virtuoso que, más allá de lo económico, pudiera identificarse con la nación y ejercer los derechos de

la ciudadanía? La escuela pública sería una fábrica de sujetos patrióticos, que transformaría a los hijos de los inmigrantes en argentinos. Cuando una comisión del pueblo henchida de sentimientos patrióticos y fe en el progreso lo aclama diputado para que impulse un proyecto de ampliación de la escuela del pueblo, Andrés, indiferente a los asuntos públicos, les recomienda con argumentos ultraliberales que se dejen de “perder el tiempo en iglesias y en escuelas” porque “es plata tirada a la calle”, y “en vez de estar pensando en hacer de cada muchacho un hombre, hagan una bestia... no pueden prestar a la humanidad mejor servicio” (43). Pura reacción moral en clave decadentista, no hay de parte de Andrés ninguna búsqueda colectiva ni afirmación de bien alguno. Vivir es una miseria, “el amor –un torpe llamado de los sentidos–, la amistad –una ruín explotación–, el patriotismo –un oficio o un rezago de barbarie–, la generosidad, la abnegación, el sacrificio –una quimera o un desamor monstruoso de sí mismo” (32). Esta renuncia a las creencias, a la patria, a fundar una familia, este distanciamiento de las instituciones del sentido, es la que deja a Andrés abandonado en la estancia en el umbral mismo de lo humano –el campo de la bestia humana, allí donde la vida como fondo biológico de la especie queda reducida a meras funciones de supervivencia y de reproducción, sin recubrimiento simbólico–.

Espacio privado separado de la esfera donde se gobierna y se legislan los asuntos públicos, la estancia de *Sin rumbo* es un ámbito pre-político dedicado a las actividades relacionadas con la conservación y reproducción de la vida y de la especie, eso que en el mundo clásico definía el *oikos*, la esfera doméstica donde moraban las mujeres, los niños y los esclavos bajo el gobierno eficiente del padre de familia. En la vida de estancia, todo gira alrededor de los cuerpos y sus necesidades vitales, su fuerza de trabajo, productora de riquezas; su resistencia, sus apetitos, su salud y su enfermedad, su potencia reproductiva, la herencia biológica o racial que es capaz de transmitir. Esa es la materia que explora *Sin rumbo*, el cuerpo animalizado, la carne desnuda destituida del orden simbólico, la masa viviente de trabajadores rurales y ganado que, en su inercia o en su furor, cuestiona los límites de lo humano. La novela comienza con “esa confusión, esa vida, ese bullicio de las estancias en la esquila” (19) en el que “un conjunto mugriento” de hombres y mujeres, en continuidad con los animales, extraen vellones de lana bajo la mirada vigilante de Andrés (13-14). Algunas ovejas sangran, tajeadas por un “chino esquilador” –“uno de esos tipos gauchos, retobados, falsos como el zorro, bravos como el tigre”, insumiso y peligroso porque no le reconoce a Andrés su rol de patrón de estancia, con derecho a castigarlo por maltratar su capital (14-15). Del campo de la reproducción económica, la novela se desplaza al campo de la reproducción sexual, dominado por la presencia material de Donata, la hija de un viejo peón de la estancia, “una cosa, carne” dócil (45) que “obedeciendo a la voz misteriosa del instinto” se entregaba subyugada “como una masa inerte” a los asaltos de “la bestia” depravada que está en Andrés, que goza obscenamente de ella hasta dejarla preñada como un animal más (30).

La vuelta a la ciudad repite el comienzo: Andrés ingresa a su palco en el Teatro Colón por un pasadizo repleto de público profano que, “apeñuzcado” como ganado, pugna por entrar (64). La “doble hilera de músicos y coristas” que tiene que atravesar repite las dos hileras de animales que, al comienzo de la novela, “hacían calle” esperando turno para ser esquilados por “la chusma que esquilaba” (14). La masa de trabajadores rurales, en la que se agazapaba “el chino fornido, retacón, de pómulos salientes, ojos chicos, sumidos y mirada torva” que enfrenta a Andrés (14), se prolonga en la ciudad, donde el público se agolpa en manada a la entrada del teatro. Es el público de la ópera, el arte de las masas urbanas que llenan las bandejas superiores del Teatro Colón de bullicio y movimiento, y que los días de fiesta popular invade el espacio público. En medio de los festejos de la Revolución de Mayo, Andrés, de camino al Colón por calles y plazas atestadas de inmigrantes, se declara “insensible al encanto de las fiestas populares, antipático al vulgo por instinto, enemigo nato de las muchedumbres”,

pensando que los revolucionarios argentinos que soñaron la nación se merecían algo más que ese “indecente mamarracho” de familias de italianos de la Boca que tocan y rozan el cuerpo del *gentleman* argentino que, a diferencia del dandy baudeleriano, evita los baños de multitud (100).

La riqueza producida por campos como el de Andrés se vuelve tangible en Buenos Aires, que además de la ciudad del Club del Progreso, del Teatro Colón, de los grandes cafés y del hipódromo, de los faroles a gas, del tranvía, de las cenas en hoteles lujosos y de la Bolsa, es la ciudad donde quedaron varados los inmigrantes extranjeros, buscando las oportunidades económicas que no hallaron en el campo y que, en su cruzada cultural, el Estado trata de sujetar a una nacionalidad incipiente por medio de actos públicos como el del 25 de Mayo. El Estado está diseñando en el campo de la cultura y la educación lo que el boom económico por su cuenta no era capaz de producir: una sociedad sin mezclas ni impurezas donde todos se creyeran argentinos y actuaran como tales. Los inmigrantes llegaban a un país donde ser argentino significaba identificarse mansamente con el rol de trabajadores sumisos y respetuosos que el Estado liberal quería hacerles representar, renunciando a las expectativas de igualdad social, política y económica que los habían llevado a cruzar el Atlántico.

El teatro liberal y sus dobles

Mundo de la representación donde el Estado asigna roles y distribuye personajes sociales, la ciudad de *Sin rumbo* gira alrededor del teatro Colón, doble cultural de las políticas oficiales de la representación.¹² ¿Pero el arte está por todos lados! ¿No es toda la sociedad de los 80 un sistema de ficción atravesado de punta a punta por la diferencia entre las representaciones dominantes y lo real, entre la apariencia y la verdad horrorosa del interior burgués, entre lo público y lo privado? Desde su palco especial, separado del mundo por la mirada distanciadora del dandy-naturalista, Andrés domina el espacio material de la representación, el teatro del estado liberal y sus dobles. Después de todo, decencia, patriotismo, virtudes republicanas, son máscaras del burgués utilitario, vulgar y conformista. La “farsa representada” duplica la “farsa vivida” de una sociedad donde toda identidad es doble o falsa –una sociedad de puro semblante con la que Andrés, en su soltería, su cinismo, su artificialidad, su despolitización, su desidentificación del personaje que le toca representar, se declara “reñido a muerte” (63)–.

Si la estancia era el mundo de las necesidades biológicas del animal dentro del hombre; la ciudad es el elemento del deseo. Hay que diferenciar el deseo de la satisfacción de necesidades. Mientras estas tienen por objeto asegurar la simple supervivencia, aquel no disfruta más que de sí mismo: lo importante no es la satisfacción en el objeto, sino seguir deseando infinitamente.¹³ Signo para la época de un carácter patológico, Andrés busca en un modo de vida, “en los halagos de la vida ligera del soltero, en los clubes, en el juego, en los teatros, en los amores fáciles de entretelones, en el comercio de ese mundo aparte, heteróclito, mezcla de escorias humanas” el objeto que les corresponda a sus instintos, algo que llenara “el vacío de su amarga misantropía” y que volviera la existencia soportable (63). Allí donde el burgués se enriquece acumulando cosas tangibles y ganancias a largo plazo, Andrés es un dandy replegado en su vida interior que gasta improductivamente su fortuna acumulando sensaciones volátiles que se consumen en el acto –una cadena de momentos placenteros con intervalos cada vez mayores de aburrimiento entre uno y otro que no llega a convertirse en experiencia vivida–. Después de todo, ¿qué otra cosa cuenta la novela naturalista que no sea el fracaso de un personaje para construirse una vida interior, por representar adecuadamente un rol? ¿Hay en una sociedad de mercado algo que satisfaga los deseos que no sea más que esta serie abierta de sensaciones perecederas

12. Para Josefina Ludmer, las novelas de Cambaceres ponen en escena el estado liberal como espacio de la representación política cifrado en su doble, el teatro Colón como la institución cultural de la representación. Y como jefe del teatro y de la representación, distanciado del mundo, el actor-dandy de las novelas de Cambaceres sirve para pensar las ficciones sociales y fábulas de identidad (leyes de matrimonio, inmigración, etc.) que constituyen el presente del orden liberal. Cfr. Ludmer (1999).

13. A propósito de la necesidad y deseo en relación con la sociedad del consumo, cfr. Bauman (2002).

que no duran más allá del placer momentáneo que proporcionan? Porque, a fin de cuentas, en el reverso de toda ficción social no hay sino ese vacío sin fondo y sin sustancia que Andrés trata de colmar por medio de un trabajo de diferenciación desasosegante donde el deseo, perdido en una sucesión de instantes presentes y en ausencia de un futuro mejor que lo guíe, se renueva sin cesar.

La aventura amorosa de Andrés con la Amorini muestra los límites de esta política de lo privado que reduce al sujeto a la soledad y al desencanto. *Prima donna* de la compañía de lírica italiana, la Amorini representa la belleza artística para un público fascinado por su brillo. Pero la mirada de dandy-naturalista de Andrés desmonta rápidamente la máscara, adivinando a primera vista “la garra de una leona y el cuerpo de una culebra” agazapadas detrás de su máscara de diva (68). La representación de la Amorini no escapa de las teorías científicas y médicas de la época, que encuentran en las mujeres la misma peligrosidad y degradación que caracteriza al comportamiento voluble y caprichoso de las masas.¹⁴ La intensidad de sus sentimientos por Andrés, sus arrebatos emocionales, su incapacidad de contener sus instintos animales “tiene su explicación en la naturaleza misma de ciertos temperamentos de mujer”, más propensas que los hombres al desorden pulsional y a los desbordes irracionales (93). Caído el semblante de *prima donna*, la Amorini se rebela como “mala, ruin, ordinaria, vulgar” (112). Andrés descubre “el velo de la fantasía” que la recubría y la “realidad brutal” de un objeto despojado de su revestimiento simbólico irrumpe violentamente, arrojándolo una vez más al desierto de lo real (94) –esto es, la vida despojada de valores, sin rumbo, sin sentido, “ni ambición, ni poder, ni gloria, ni hogar ni amor” en la que “nada le importaba, nada quería, nada poseía, nada sentía” (95)–. Se trata de una suerte de suicidio simbólico previo al suicidio del final; un retroceso a un estado de naturaleza donde no ha quedado en pie ningún semblante, y el individuo, desenganchado de las normas y roles sociales, se desintegra en el campo amorfo de la vida desnuda, “la vida animal” e inhumana donde Andrés vegeta como un muerto viviente (116). La barbarie es irreductible; el hombre es esencialmente inhumano, esclavo de instintos que trabajan por la supervivencia no menos que por la destrucción de su cuerpo. “Quería que se cortara por lo sano, en carne cruda, verdad, realidad, vida” (115): algo comienza a quebrarse en Andrés, algo que estaba trabajando en él como vacío o sin sentido y que ahora surge por debajo de cualquier idea, por detrás de toda identificación, junto a cualquier deseo: el instinto de muerte, la vida vuelta contra sí misma, la “vida perra, puta” que Andrés terminará arrancándose de cuajo (202).

Sueños de la carne

En el umbral de lo humano, asomado al campo de la vida animal, “una brusca nostalgia de la pampa” divide entonces a Andrés, que retorna a la estancia, hipotecada, en busca de una libertad y una soberanía que, en el teatro de las multitudes urbanas, están sitiadas por fuerzas de la indiferencia y de la amenaza (118).¹⁵ Allí, en el campo de la vida privada y de la economía doméstica, lo espera algo a lo que aferrarse, algo del orden de la carne y del sentido capaz de sobrevivir la efímera existencia individual del consumidor de placeres efímeros: el hijo natural en el que Andrés se ha reproducido, algo que lo trascienda antes de que esa “multiplicidad de cosas sin orden ni ilación” que bullen en su cabeza, esa masa caótica de instintos rugientes donde “todo se agitaba, se mezclaba, fugaz, informe, confundido”, lo extravíen definitivamente en el campo de lo anormal donde la desintegración y el deslizamiento hacia el campo del animal y de la mera vida orgánica de la especie resultan irreversibles (146).

Un sueño, de regreso a la estancia, se filtra por esa hendidura del pensamiento que no deja de empujar a Andrés hasta el límite de la vida, allí donde lo humano se pierde en

14. De regreso a la estancia, Andrés reflexiona sobre su hija: “Pensaba en la triste condición de la mujer, marcada al nacer por el dedo de la fatalidad, débil de espíritu y de cuerpo, inferior al hombre en la escala de los seres, dominada por él, relegada por la esencia misma de su naturaleza al segundo plano de la existencia” (162).

15. Alejandra Laera reconstruyó las imágenes rurales de las novelas urbanas de Cambaceres, con quien nace, en plena naturaleza rural, el interior burgués. Falsa salida hacia un mundo ideal, el campo en el que se refugia Andrés no es el del gaucho o el del peón, sino el del *rentier*. Laera: “Las imágenes rurales que ofrecen las novelas urbanas resultan contradictorias: por un lado, el campo es la posibilidad de abandonar la ciudad, es el lugar del refugio frente al hastío o es la salida purificadora, pero, por otro lado, tiene siempre un anclaje en unos interiores que, como la mansión de estancia, son relocalizaciones del hogar urbano” (Laera, 2004).

el campo amorfo de una vida impersonal y neutra no sujeta a roles. Andrés sueña con su hijo, un hijo grande y poderoso ante el cual se postran las masas –un sueño, digamos, narcisista, que pone un objeto en lugar del yo ideal–. Pero el sueño de dominar a las masas se transforma en la pesadilla de ser parte de ellas. Desde el reverso de esa imagen idealizada del hijo-líder sobre la que se inscriben todos los deseos insatisfechos de Andrés, emerge amenazante una potencia de desfiguración y de metamorfosis que destituye el ideal y lo hunde en un mar rugiente de diferencias salvajes: fuerzas del inconsciente y del devenir, que en su pura potencia de alteración, transforman la imagen auto idealizada del hijo en “un monstruo horrible, un enano deforme, de piernas flacas y arqueadas, de cabeza desmedida, de frente idiota”, corriendo por una plaza llena de gente. La metamorfosis no se detiene: el monstruo deviene un cerdo y luego un escuerzo que Andrés defiende del furor de la multitud (127). ¿Qué es este movimiento de retroceso biológico, de degeneración y de animalización por el cual la imagen carismática del hijo con el que todos se identifican cae desde la cima de la sociedad –o, según el enfoque darwinista de la época, desde las alturas de la evolución de la especie– hasta las profundidades de lo viviente, un espacio de materias disgregadas e instintos bullentes, un estado de naturaleza poblado de animales y seres deformes, atravesado por fuerzas de mutación y de disolución? ¿No hay allí un monstruo político al acecho de las formas burguesas de representación política, la masa amorfa llenando la plaza, amalgamada en torno a la figura del líder despótico y narcisista –una figura política anti liberal que evoca al caudillo, hecha de la misma materia pulsional que la multitud–?

Después de un viaje agitado, entre los sueños de la carne y una naturaleza salida de sus goznes que se interpone (tormenta, inundaciones), Andrés ve de lejos el monte de la estancia semejante “a un enorme cuerpo de animal echado” (132). Las primeras noticias que recibe al llegar se refieren a la marcha del establecimiento y al estado de las haciendas. A los primeros informes sobre la reproducción de las ovejas y las vacas, le siguen las malas noticias sobre Donata, que murió después de dar a luz a Andrea, una niña que Andrés contempla finalmente con una mezcla de repugnancia y atracción. No más grande que un corte de carne, impersonal e indefinida, sin rasgos subjetivos que la humanicen, la hija era “un paquete de carne hinchada, amoratada, la abertura que miraba allí, en el medio, redonda, húmeda, encarnada como la boca de una llaga, era una boca, unos ojos aquellas dos placas turbias, opacas, incoloras, sin expresión ni vida, una voz, un llanto humano, ¡aquel maullido!” (149).

Lo que sigue es una calma breve antes del derrumbe del final. Andrés vuelve a refugiarse en el campo de lo privado, adoptando provisoriamente el rol de padre y de capitalista rural que vive consagrado exclusivamente al bienestar de su hija. Cancela la hipoteca, se beneficia con el aumento de la hacienda y de la lana, ordena la economía de su estancia. Colmada y protegida, la pequeña Andrea crecerá libre de preocupaciones económicas. Pero las leyes naturales de la especie, que se propaga ciegamente a través de un cuerpo “consagrado al amor esencialmente, casi un simple instrumento de placer” (165), trabajan secretamente en la mujer como una memoria de la carne. Andrea es fatalmente “hija de china”, y lleva en la sangre el rumor del amor instintivo en el que fue gestada. Desviada de la institución matrimonial, de la sexualidad normalizada, la lujuria de los padres entregados a pasiones animales está inscripta en el cuerpo biológico de Andrea como un exceso horroroso e inhumano que pende sobre ella como una virtual sentencia de muerte. Porque por afuera de las identificaciones sociales que asignan roles y distribuyen los papeles socialmente reconocibles (madre, esposa, argentina, etc.), la vida del cuerpo y sus apetitos arrecia como un flujo abierto y caótico de puro cambio que desafía los mecanismos de sujeción y normalización que buscan domesticarlo. En la enfermedad, en la monstruosidad, en la anomalía, en el error, la vida recrudescerá hasta desbordar su soporte humano,

incapaz de resistir esa superabundancia vital que se transmite de padres a hijos y que corre de generación en generación por el cuerpo impersonal de la especie. En la lógica naturalista, que pone la herencia en el centro de una imaginación biopolítica que custodia la pureza biológica de la raza, Andrea cae enferma de croup, y muere después de dolorosos intentos por salvarla que evocan el degüello de un cordero, en medio de una tormenta que deja un tendal de animales muertos en el campo y del incendio intencional del galpón repleto de lana, que el chino esquilador del comienzo prende fuego por venganza.

Errancia

El *errar* sin rumbo de Andrés por afuera de los roles sociales que le toca representar, su reclusión y aislamiento en el campo de lo privado donde vive separado de cualquier forma de comunidad, se transmite como un *error* que emerge en la enfermedad de su hija y que termina desbordándolo. Sobre el final, del fondo de su carne impura, surge el incansable instinto de muerte que lleva el cuerpo y el pensamiento de Andrés hasta el límite de sus posibilidades, hundiéndolo en la doble locura del padre que pierde a un hijo y del propietario que lo pierde todo.

En una explosión incontenible, Andrés se suicida desgarrándose brutalmente el abdomen con un cuchillo de caza. Si el hombre es naturalmente peligroso; si la barbarie le es innata, entonces sólo le queda quitarse la vida, esa “fuerza prodigiosa, alguien en él que no era él” que lo excede y lo condena a errar sin sentido por un campo deshumanizado, más allá de la razón y del principio del placer (142). No hay salvación individual en el ámbito de lo privado: por todos lados, el desierto, el fracaso, la intrascendencia, la falta de sentido, la soberanía de la muerte.

Pero esa vida “perra, puta” que Andrés termina arrancándose de cuajo, ¿yace allí aislada en un órgano, enredada en las entrañas de las que Andrés tira violentamente “como quien rompe una piola” para desatarse de ese núcleo de animalidad que lo habita y que, en última instancia, lo define como un ser esencialmente inhumano (202)? Fuera de la esfera pública burguesa, más allá de la “farsa vivida” que Andrés se niega a representar, ¿no hay sino el desierto de lo real, la competencia feroz de individualidades aisladas que luchan por la vida; el animal pulsional en el hombre, esclavo de sus instintos y sus pasiones? Esta concepción del hombre como naturalmente malo o peligroso, ¿es inherente a la naturaleza humana? ¿O corresponde a un sistema socioeconómico fundado en la explotación, la opresión, la desigualdad, la competencia feroz entre individuos aislados? La violencia primordial a la que Andrés sucumbe, ¿hay que buscarla en lo profundo del hombre o en un tipo de sociedad que aísla brutalmente al individuo y lo condena a percibir a su prójimo como peligro o amenaza? En otras palabras, la vida desnuda, la vida animalizada u orgánica como un nombre para la muerte civil del individuo, ¿yace enredada en las entrañas, o hay que buscarla afuera, en un orden determinado de cosas percibido como natural, que vacía a los sujetos y absorbe sus fuerzas?

Inseparable de la existencia corpórea, la vida como *bíos* reside en un cuerpo que se define por lo que es capaz de hacer y producir, por su potencia indeterminada de trabajo –fuerza que se afirma y se expande a través del encuentro y la cooperación con otros cuerpos, más que en la existencia desgarrada de individuos que actúan por separado–. La lana acumulada en el galpón que se incendia, ¿no es el resultado de la fuerza de trabajo por la que un muerto en vida como Andrés paga? ¿Cómo llegó hasta ahí esa lana, si no es a través del trabajo vivo del “conjunto mugriento” de hombres y mujeres actuando colectivamente? Sin cooperación, sin multitud trabajadora, sin lazos de solidaridad social, la vida se desmultiplica hasta desvanecerse –como el silencio de muerte

en la estancia desierta que sigue al bullicio de la esquila, “al vaivén tumultuoso de la hacienda, a los ruidos del tendal, al humear de los fogones, al hacinamiento de bestias y de gente, de perros, de gatos, de hombres y mujeres viviendo y durmiendo juntos, echados en montón, al sereno, en la cocina, en los galpones, a toda esa confusión, esa vida” (19). Cuando la multitud se dispersa y el lazo de cooperación productiva se interrumpe, “*esa vida*” desaparece, dejando los galpones repletos de lana o de lo que Marx describía como trabajo muerto, “un muerto que” –según Dardo Scavino–, “como un vampiro, precisa del ‘trabajo vivo’ para multiplicarse” (Scavino, 1999: 67).¹⁶

Como administrador del ámbito privado de la estancia, Andrés gobierna sobre esa fuerza inseparable del cuerpo de los trabajadores –potencia o capacidad de producir por la que el capitalista paga como una mercadería más que puede comprarse y venderse en el mercado–. Es todo un síntoma que justamente la lana, que espera embalada en fajos para ser exportada a Europa, se convierta en blanco del sabotaje –trabajo muerto que el trabajador vivo destruye por venganza–. Se trata, previsiblemente, del mismo gaucho que, luego de ser castigado por tajar a las ovejas durante la esquila, corta intencionalmente en plena yerra el lazo que sujeta a un animal furioso, poniendo en peligro la vida del patrón (“El lazo, roto en el tirón, azotó el aire, pasó silbando como una bala” [57]). Ingovernable, el peón también tira de una piola, la cuerda patrón-empleado que se tensa hasta cortarse. Su indisciplina, su violencia innata, su barbarie irreductible, ¿confirma el discurso de Andrés sobre la peligrosidad natural del hombre, la lucha de todos contra todos en la supervivencia por la vida? ¿O se trata de un exceso de vida que el propio capitalismo produce en su intento de administrar la vida y gobernar sobre cuerpos y poblaciones que cuestionan la identidad que el Estado les asigna y se resisten a dejarse codificar por los imperativos del mercado y de la productividad? El error de Andrés es creer que el mal está en el hombre, en su naturaleza animal, en sus instintos indomesticables; no en una sociedad de mercado que pone al cuerpo viviente del individuo en el centro de las preocupaciones del poder y desgarran los lazos de la solidaridad social en nombre del individualismo. En este sentido, el peón no se equivoca: prendiendo fuego a la producción anual de lana –un acto destructivo frente al que los derroches de Andrés empequeñecen– ilumina el núcleo de violencia del capitalismo, basado en la apropiación privada del trabajo colectivo. Frente a lo desmesurado de esta pérdida, que arruina a Andrés definitivamente, el gesto anti-burgués del señorito empeñado en dilapidar la fortuna paterna resulta irrisorio.

Frente a Andrés, el chino esquilador se niega a actuar el rol de trabajador fiel y obediente que el patrón espera de él –un papel que le cabe bien a ño Regino, el padre de Donata, un servidor antiguo de la estancia “cuyo tipo iba perdiéndose” a medida que la pampa era invadida por “el elemento civilizador” (44)–. Ño Regino tenía una auténtica idolatría por el “patrón chico”; Andrés era para él “un culto, una pasión” que el peón rural moderno no comparte. Sustrato y fundamento del trabajo vivo, en el umbral mismo entre el hombre y el animal, cuerpos como del peón se vuelven, en su potencia, en su opacidad material, en sus excesos, objeto de mecanismos de disciplinamiento y de control tanto como posibilidad de desafío y resistencia contra las producciones normativas de identidad y comunidad que, desde el Estado liberal, constituye cuerpos dóciles plegados al rol de trabajadores. Cortado el lazo que lo sujeta al lugar social que le corresponde, el peón también se pierde en el campo del animal y del monstruo, pero a diferencia de la salida despolitizada de Andrés, condenado a la impotencia del individuo solitario en el desierto de la nuda vida, la huida del peón es un vector de deseo y de potencia, fuerza libre de trabajo no subordinada al capital, lanzada hacia un devenir clase que, en los años siguientes, se expresará en la sindicalización de los trabajadores, en huelgas obreras y luchas sociales por un nuevo orden de cosas.

16. Dardo Scavino analiza el punto de vista moralizador sobre la política, que está en origen de la naturalización del liberalismo. Según Scavino, históricamente, la crisis de nuestro país es más ética que moral, porque el problema “no es tanto que cada individuo no haga lo que corresponde de acuerdo con su rol” según lo dicta la moral, sino que “no se conciba como parte, incluso como el producto, de un todo comunitario” (Scavino, 1999: 70).

Bibliografía

- » Bauman, Z. (2002). “Consumirse la vida”. En *La sociedad sitiada*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 221-245.
- » Botana, N. R. y Gallo, E. (eds.) (1997). *De la república posible a la república verdadera: 1880-1910*. Buenos Aires, Ariel.
- » Cambaceres, E. (2001). *Sin rumbo*. Buenos Aires, Emecé.
- » Cárcano, M. Á. (1917). *Evolución histórica del régimen de la tierra pública, 1810-1916*. Buenos Aires, Libr. Mendесky.
- » Deleuze, G. (1989). *La lógica del sentido*. Traducción de Miguel Morey. Barcelona, Paidós.
- » Gaignard, R. (1989). *La pampa argentina. Ocupación, poblamiento, explotación. De la conquista a la crisis mundial (1550-1930)*. Traducción de R. Figueira. Buenos Aires, Solar.
- » Gallo, E. (2004). *La Pampa Gringa. La colonización agrícola en Santa Fe 1870-1895*. Buenos Aires, Edhasa.
- » ____ y Cortés Conde, R. (1995). *Argentina. La República Conservadora*. Paidós, Buenos Aires.
- » Hernández, J. (2008). *Instrucción del estanciero*. Buenos Aires, Claridad.
- » Laera, A. (2004). *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- » Ludmer, J. (1999). “Los dandis y sus cuentos de matrimonio”. En *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires, Perfil, 46-74.
- » Lugones, L. (1972). *El payador*. Buenos Aires, Huemul, 1972.
- » Rodríguez, F. A. (2010). *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires, Eterna Cadencia.
- » Salvatore, R. (2001). “The Normalization of Economic Life: Representation of the Economy in Golden-Age Buenos Aires, 1890-1913”. En *Hispanic American Historical Review*, 81:1, 1-44.
- » Sbarra, N. H. (1955). *Historia del alambrado en Argentina*. Buenos Aires, Raigal.
- » Scavino, D. (1999). *La era de la desolación. Ética y moral en la Argentina de fin de siglo*. Buenos Aires, Manantial.
- » Scobie, J. R. (1968). *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino, 1860-1910*. Buenos Aires, Solar/Hachette.
- » Terán, O. (1999). “Acerca de la idea nacional”. En C. Altamirano (ed.), *La Argentina en el Siglo XIX*. Buenos Aires, Ariel.
- » Zeballos, E. S. (1958). *La conquista de 15000 leguas*. Buenos Aires, Hachette.